

bios y una asesina caída de ojos—para conquistar mexicanas.

»He aquí el estribillo de la canción:

Alerte, alerte, prenez garde,
Pères, maris, car ce sont eux.
Fermez, car la niña regarde:
Voici venir les amants bleus.

»Este Laurent estaba contando el otro día una cantidad enorme de bolas y embustes. ¡Qué hazañas de los cazadores, qué gallardías de los zuavos, qué proezas de los de artillería, qué habilidad de los ingenieros y qué valor el de los cuerpos de línea! Refería con gran colorido la aprehensión de un tal Galland, teniente de zuavos, á quien cogieron en la línea de Llave. Galland, según aseguraba el Homero tarasconés, quedó preso como en una ratonera en un edificio que ocupaban los mexicanos. Se acercaron á la posición batallones y batallones, escuadrones y escuadrones, baterías y baterías, el Estado mayor de Ortega y casi todo el ejército, y comenzaron á hacer fuego contra aquellos muros impenetrables. De cuando en cuando aparecían el cañón de un fusil, la borla de un fez ó la punta de un sable, y salía una bala cónica que mataba á los más atrevidos si no los pasaba de parte á parte un sable filosísimo... Más de seis horas duró aquello, hasta que Galland respondió á la millonésima intimación de rendirse: «Bien

estaba; se entregarían, pero habían de conservar sus armas y sus municiones y de salir con todos los honores de la guerra; de otro modo, seguirían defendiéndose hasta la última extremidad, pues les sobraban elementos.» Ortega consintió en conceder todas aquellas cosas, pues ya eran varios cientos de mexicanos los que habían caído al fuego mortífero de los zuavos... Entonces se vió un espectáculo singular: salieron cuarenta titanes con el mostacho retorcido, la pipa entre los dientes, el fusil á la bandolera y el aspecto de reto y de desdén, mientras se alejaban con las orejas gachas los seis ó siete mil hombres que les habían sitiado, creyendo que combatían por lo menos á un número igual...

»¿Es posible esto? ¿No hay exageración de parte del andaluz-gabacho?

»Cuenta también que hace pocos días se hallaba un subteniente de zuavos haciendo su guardia de trinchera, cuando notó que le hacían señas con un pañuelo blanco desde un reducto mexicano. Ocurrió creyendo que se trataba de una rendición; mas ¡cuál sería su sorpresa cuando salieron tropas y cogieron preso al pobre muchacho!

»Entonces pasó, al decir del cazador de Africa, el siguiente diálogo:

— ¿Qué deseabais al acercaros á la trinchera de nuestro fuerte?

— Deseaba saber qué significaban las señales que me hacíais.

— ¿Señales? Nadie os hacía señales; me parece que sois un espía que tiene por misión observar nuestras fortificaciones.

— Yo no soy espía ni tenéis derecho para llamarme así... Y antes de continuar: ¿quién sois, que andais vestido tan ridículamente?

— Tened la lengua, bellaco; soy Ghilardi, general al servicio del Gobierno mexicano.

— Soy más que vos: tengo el grado de subteniente del tercero de zuavos.

— Os voy á fusilar.

— No os atreveréis.

— Haced vuestras últimas disposiciones; escribid, si queréis, á vuestra familia.

— Ya le escribí por el paquete del quince.

— Os burláis...

— Con toda mi alma...

— Soltad ese cigarrillo...

— Cuando se me acabe; antes no, porque me costó tres sueldos: es de tabaco egipcio.

»En esto, Ortega, sabedor de lo que pasa, va personalmente á salvar al muchacho de las manos del salvaje Ghilardi y le devuelve al campo francés.

»Mas estas y otras leyendas no impiden que nuestra

actitud en Puebla les haya sorprendido y extrañado, y lo que es peor, produciéndoles muchos males. Tras las sucesivas derrotas que Porfirio Díaz les infligió en San Marcos, Forey en persona resolvió hacer lo que desde el principio debió haber hecho: inspeccionar personalmente las cuadras y convocar un consejo de generales para exponerle la situación. Ya saben ustedes el resultado del ataque: la retirada de los franceses.

»El resultado del consejo fué lo más curioso: el día siete de Abril se reunió la junta en el cuartel general del cerro de San Juan. Forey hizo presente que á causa de las pérdidas y descalabros de San Marcos, se debía abandonar la guerra de *islotes* (así llaman á las manzanas nuestros enemigos), debiendo más bien emprenderse el sitio del Carmen en particular, y emplearse para las cuadras el cañón y la mina. De perlas parece el plan á la mayor parte de los presentes, pero el coronel Lajaille, jefe interino de la artillería, advierte que falta pólvora para minas, pues la que hay apenas llegará á 600 kilogramos, y la artillería es muy deficiente, por lo cual se tiene que esperar la llegada del material de sitio que viene desde Veracruz.

»Entonces Forey propone como inspiración súbita, proveniente del genio de algún oficial de su Estado mayor, que se abandone Puebla, se fortifique Cholula, se transporte allí los heridos y se marche directamente sobre México.

»También este parecer fué acogido con entusiasmo. Los generales aseguraban que el descalabro que las tropas de Díaz habían causado á las francesas, tenía completamente desanimados á los soldados, de manera que *les hommes n'en voulaient plus...* El general Wolf, intendente general, demostró que la retirada equivalía á una tremenda derrota; que si se abandonaba el sitio, las ciudades todas, aun las más insignificantes, se convertirían en reductos inexpugnables; que si los mexicanos estaban hasta ahora vacilantes y sin resolverse por ningún extremo, al ver la falta de éxito de los franceses en Puebla, se pondrían al lado de Juárez, sin distinción de partido ni de credo político; que si se dejaba, como era necesario, bien fortificado y guarnecido Cholula, no habría tropas que oponer durante el camino hasta México, á quince mil valientes que saldrían de Puebla, y al ejército de Comonfort, que no dejaría de hostilizar la retaguardia hasta destruirla; que si México, como era natural, estaba defendido por un ejército competente, obligaría á los sitiadores, ya menguados en número y elementos, á levantar de nuevo el asedio, y así sucesivamente...

»El intendente concluyó su discurso refiriéndose á la derrota de San Marcos: «Sé desde hace mucho tiempo cómo los jefes ocultan sus desfallecimientos tras los que suponen en sus soldados, y cómo éstos gritan traición cuando echan pie atrás.»

»Sin embargo, el parecer de Forey fué aceptado por una gran mayoría, y eso cuando en la misma mañana al acompañar Forey el cadáver del guapo de Laumière, dijo con entonación de héroe de Corneille: «Tomaremos Puebla, ó todos, y yo el primero, quedaremos sepultados bajo sus muros.»

»Y ya que hablo de Forey, le presentaré tal como le pinta Chardon, que es habilísimo para estos retratos. Es un *troupiér*, un sargentón que no carece de ánimo, pero sí de educación y de tacto. Ofendiendo á sus subordinados queriendo ó sin quererlo, y después se olvida del disgusto que ha traído, aunque los vejados no lo echen en saco roto tan pronto como sería menester. En maniobras políticas es un chiquillo voluntarioso, y así como se ha quitado los dos alacranes de Saligny y Almonte, es capaz de sacudirse cuantos más le molesten un poco.

»Dicen que es hombre culto, y aunque no hace profesión de literato, tiene gracia especial para decir versos.



FOREY

» Le reprochan no ser á propósito para general en jefe, por más que sea un excelente general de infantería. Honrado y recto, nunca deja de transmitir á su soberano toda la verdad, aunque sea muy ingrata, por lo cual se cree que su favor durará poco.

» El coronel d'Auvergne, jefe de Estado mayor, es un excelente oficial, correcto, instruído, diligente, trabajador y honrado; mas de los muchos olores que podían haber llegado á sus narices, el de la pólvora es uno de los que han estado más distantes de ellas. Es más oficinista que guerrero, y por eso tiene empeño en ornar sus sienes con lauros conquistados en la milicia. Ejerce sobre Forey una influencia decisiva, al grado que aseguran que en el ejército no se da paso que no haya sido acordado en, con, por, sin, de d'Auvergne, poniéndose como muestra este caso, que si no es cierto, lo parece á todas luces. Un día, manejando d'Auvergne un caballo del país en las calles de Orizaba, no logró dominar á la bestia, cayó al suelo y le levantaron con una pierna rota en dos partes: era un dolor verle. Cuarenta días duró el hombre con la pata tirante, lleno de tablas y bizmas y sensible al menor movimiento; y el ejército francés duró cuarenta días con el arma al brazo, sin moverse un palmo, ni siquiera para perseguir á las gavillas liberales que le pasaban por enfrente á toda hora.

» Consolidó felizmente la fractura, d'Auvergne pudo

caminar con muletas, y el ejército comenzó su ascensión á las altiplanicies... Cuando el jefe del Estado mayor arrojó los palitroques y pudo andar con un bastoncillo, empezó el asedio de Puebla, y á los cinco meses, el día, hora y punto que el señor Coronel montó á caballo, se dieron los primeros asaltos á San Javier... ¿Verdad que son curiosas tantas coincidencias?

» Mirandol, jefe de la caballería, es chiquitín y debilucho, padece reumatismo, gota, lumbago, sufre de antiguas heridas y parece, en fin, la cuarta plana de los periódicos por la multitud de enfermedades incurables que anuncia. Le suben á caballo entre cuatro hombres, y los gritos y blasfemias que lanza son cosa de compasión; mas ya sobre la bestia, Mirandol se transforma, se electriza y guía la carga, acuchillando gente sin sentir dolores, sin acordarse de enfermedades, sin ver más que una masa en la cual se puede hender cráneos, dislocar brazos, marcar rostros y partir espaldas... Dicen que quedó una vez prisionero de los árabes, y que cuando le llevaban á presencia de Abd-el-Kader, se le atravesó en el camino uno de esos derviches medio locos, medio ebrios que abundan en Oriente.

— Cristiano, le dijo tendiendo la espingarda; confiesa que Dios es Dios y Mahoma es su profeta, ó mueres en seguida.

— Dios es Dios y Mahoma es un impostor: yo no creo

más que en Cristo. Y si quieres la prueba de que tu profeta nada vale, dispara tu fusil y verás cómo da higa.

»Apretó el gatillo el viejo, dió chispa la piedra, mas la pólvora no se inflamó, no salió la bala, y Mirandol continuó su camino satisfecho y respetado por los árabes, que le miraron de allí en adelante como un ser extraordinario y dotado de virtud para conseguir que la pólvora fuera tan indiferente al fuego como lo es la tierra de los caminos.

»Y así me ha descrito Chardon á Bazaine, buen general, pero falto de escrúpulos, mendaz, apasionado y envidioso; á Douay, correcto, valiente y honrado; á Berthier, bravo y serio; á Neigre, ordinariote y grosero; á Castagny, feo, ridículo, adulator y pícaro; á Viala, ordenancista furibundo y calculador muy inteligente, y á otros muchos menos importantes que los citados...

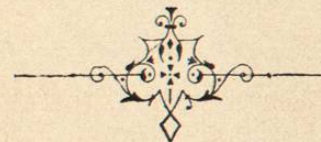
»Excusado me parece referir que los franceses están provistos de toda suerte de mantenimientos. ¿Cómo, me dirán ustedes, cuando de autos consta, según dice el amigo Tirso, que se destrozaron sementeras y se inutilizaron molinos quitándoles las piezas más importantes?

»La cosa ha sido muy sencilla: el Intendente general ha enviado á sus gentes á las haciendas, éstas han contratado reses, granos y hasta cosas más finas con los hacendados y sus administradores, que han recibido en buen dinero el valor de los géneros; luego y también previo

acuerdo, se han presentado los franceses con el acero en la mano y la blasfemia en la boca á reclamar lo comprado, pero haciendo creer que se lo llevaban á la fuerza. Así han quedado bien con los franceses, con los liberales y con su bolsillo, que es la glándula pineal de los ricos mexicanos... y de todas partes.

»Creo que no tardaremos en ser canjeados por prisioneros franceses y que entonces podré dar á cada uno de mis amigos el abrazo que hoy les envío con mi cariño de siempre.

MIGUEL CABALLERO DE LOS OLIVOS.»



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Año 1954 MONTERREY, MEXICO